

C
Á
R
O
N
T
E

CARONTE

“Este libro no es una predicción. Es un mapa de decisiones. Úsalo no para conocer el futuro, sino para construir el que quieras vivir.”

Capítulo 1. El Enlace

Domingo, 23:47

La luz del MacBook Pro proyectaba sombras azuladas sobre el rostro de Marcos Santamaría mientras arrastraba por enésima vez el gráfico de barras en la diapositiva número treinta y siete. El piso de Chamberí olía a comida china recalentada y a esa mezcla particular de sudor frío y ansiedad que emanaba de su camiseta de los Rolling Stones, la misma que llevaba puesta desde el viernes por la noche. En la mesa de cristal de diseño italiano — comprada en un arrebato de bonus del año anterior— se acumulaban tres latas de Estrella Galicia, dos vacías y una a medias, junto a los restos de un pad thai que había pedido por Glovo hacía cuatro horas y del que apenas había comido tres bocados.

Fuera, Madrid dormía ese sueño inquieto de los domingos por la noche, ese letargo cargado de lunes inminentes. Desde el sexto piso, Marcos podía ver las luces de los pisos del edificio de enfrente apagándose una a una, como párpados que se rinden ante la inevitabilidad del nuevo día laboral. En algún lugar de esas ventanas oscuras, pensó, había otros como él, otros consultores de veintiocho años ganando ochenta mil euros al año y preguntándose cuándo exactamente habían vendido su alma y por qué precio tan barato.

El WhatsApp sonó con ese pitido particular que había asignado a los mensajes del trabajo. Marcos ni siquiera levantó la vista de la pantalla. Sería Rodrigo, el manager, preguntando por el estado del deck para la presentación del lunes en Torre Picasso. Cliente

importante, Novartis, sector farmacéutico, transformación digital, las palabras de siempre que habían perdido todo significado, como mantras corporativos repetidos hasta el vacío.

Pero no era Rodrigo.

Álex Chen - Singapur Hoy, 23:48

El nombre flotó en la pantalla del iPhone 14 Pro como un fantasma del pasado. Álex Chen. Compañero de carrera en el ICAI, compañero de piso en el Erasmus de Berlín, compañero de borracheras y de sueños sobre cambiar el mundo con sus propias startups. Álex, que había tenido los cojones de rechazar la oferta de McKinsey y largarse a Singapur con una idea loca sobre blockchain e inteligencia artificial. Álex, que según LinkedIn ahora era CTO de algo impronunciable y probablemente ya era millonario.

No hablaban desde hacía... ¿cuánto? ¿Seis meses? ¿Un año? El tiempo en consultoría era elástico, los meses se fundían en un único y largo PowerPoint infinito.

Marcos desbloqueó el teléfono con Face ID. El mensaje era simple. Desconcertantemente simple:

No lo pienses. Hazlo. Me lo agradecerás.

Deabajo, un enlace. Nada más.

<https://7x9mN2p.onion/session/B4kL9Tz2>

Marcos frunció el ceño. Un enlace .onion. Red Tor. ¿Qué coño estaba haciendo Álex metiéndose en la dark web? Miró la hora en Singapur: madrugada del lunes, Álex estaría empezando su jornada. Álex debería estar en alguna reunión, no enviando enlaces turbios a través del Atlántico.

Tecleó una respuesta rápida:

Tío, ¿qué es esto? ¿Estás bien?

Los dos checks azules aparecieron inmediatamente. Álex estaba escribiendo...

45 segundos más. Si no entras ahora, el enlace muere. No puedo conseguir otro. Fíate de mí, como en Berlín con aquella casa okupa que resultó ser el mejor after de nuestras vidas. Pero esto es infinitamente más importante.

Marcos sintió algo moverse en su estómago, una sensación que no había experimentado en años. Era curiosidad mezclada con... ¿miedo? No, no exactamente miedo. Era esa sensación que tenías de niño cuando estabas a punto de hacer algo prohibido, algo que sabías que cambiaría las reglas del juego.

30 segundos.

El mensaje de Álex apareció como una cuenta atrás. Marcos miró el PowerPoint a medio terminar. Slide 37 de 74. Reunión a las 9:00 AM. Torre Picasso, planta 23. El cliente esperaba respuestas sobre la optimización de la cadena de suministro, sinergias, economías de escala, toda esa mierda que podría recitar dormido.

15 segundos.

Su dedo flotó sobre el enlace. En algún lugar de su cerebro, la parte racional —la que había sacado matrícula de honor en Estadística Empresarial— le gritaba que no lo hiciera. Enlaces desconocidos, dark web, podría ser un virus, un ransomware, podría joder su ordenador del trabajo con toda la información confidencial del cliente.

5 segundos.

Pero había algo en la urgencia de Álex, algo en ese "como en Berlín" que tocó una fibra que creía muerta. Berlín, enero de 2018, cuando todavía creían que podían comerse el mundo, cuando todavía pensaban que los trajes y las corbatas eran disfraces temporales, no uniformes permanentes.

Marcos pulsó el enlace.

23:49

Nada.

Por un momento, Marcos pensó que el enlace estaba muerto, que había esperado demasiado. Pero entonces Safari (¿o era Tor Browser? No recordaba haberlo instalado) comenzó a cargar algo. La pantalla se volvió completamente negra salvo por un cursor parpadeante en el centro, como aquellos viejos terminales de MS-DOS que su padre tenía en el despacho de casa cuando era niño.

Entonces apareció el texto, letra a letra, como si alguien lo estuviera escribiendo en tiempo real:

BIENVENIDO.

TIENE USTED 4 MINUTOS Y 37 SEGUNDOS PARA COMPLETAR LA TRANSACCIÓN.

SI ABANDONA ESTA PÁGINA, NO PODRÁ VOLVER.

SI SU CONEXIÓN SE INTERRUMPE, NO PODRÁ VOLVER.

SI INTENTA GRABAR, COPIAR O COMPARTIR ESTA PANTALLA, LA SESIÓN TERMINARÁ.

PRECIO: 1.000 EUROS EN BITCOIN.

DIRECCIÓN:

bc1qxy2kgdygjrsqtzq2noyrf2493p83kkfjhxowlh

TIEMPO RESTANTE: 4:23

El contador comenzó a descender. 4:22. 4:21. 4:20.

Marcos sintió la boca seca. Mil euros. No era una cantidad desorbitada para alguien con su sueldo, pero tampoco era calderilla. Era el alquiler de medio mes, era un fin de semana en Lisboa, era...

4:05.

¿Qué coño estaba comprando? No había ninguna explicación, ningún producto, ningún servicio. Solo una dirección de Bitcoin y un contador que seguía bajando implacable.

3:48.

Abrió WhatsApp en el móvil. Álex había desaparecido. No, no desaparecido. "Última vez hoy a las 23:47". Pero cuando Marcos intentó escribirle, apareció solo un check gris. Como si Álex hubiera apagado el teléfono o... lo hubiera bloqueado.

3:22.

"Joder, joder, joder", murmuró Marcos mientras abría Binance en el móvil. Tenía algo de Bitcoin de aquella época en 2021 cuando todo el mundo compraba crypto. ¿Cuánto era? Sí, suficiente. Más que suficiente. Había comprado dos Bitcoins completos cuando estaban a 30.000 euros y nunca los había vendido, ni siquiera cuando subieron a 60.000, ni cuando bajaron a 15.000. Era su "inversión a largo plazo", se decía, aunque en realidad era más bien pereza financiera.

2:56.

Sus dedos temblaban mientras copiaba la dirección de Bitcoin. Un error, un solo carácter mal copiado, y el dinero desaparecería en el éter digital para siempre. Lo comprobó tres veces.

bc1qxy2kgdygjrsqtzq2noyrf2493p83kkfjhxowlh. Correcto.

2:31.

¿Cuánto era 1.000 euros en Bitcoin al cambio actual? Hizo el cálculo rápido. 0.0347 BTC. Sus dedos se movieron automáticamente por la interfaz de Binance. Cantidad: 0.0347. Dirección: pegar. Comisión: rápida.

2:02.

El botón de "Enviar" parecía latir en la pantalla del móvil. Mil euros. Por... ¿qué? ¿Por nada? ¿Por la palabra de Álex, a quien no veía desde hacía un año?

1:43.

Pero entonces recordó algo. Berlín, enero de 2018. El after en la casa okupa de Friedrichshain. Álex borracho pero lúcido, como siempre, hablando sobre el futuro. "Tío", había dicho con esa mezcla de acento madrileño y californiano que había desarrollado, "algún día vamos a mirar atrás y vamos a ver que había señales por todas partes. Oportunidades. Puertas que se abrían por cinco minutos y luego se cerraban para siempre. Y la mayoría de la gente ni siquiera se daba cuenta. Pero nosotros sí, ¿verdad? Nosotros vamos a estar atentos."

1:21.

Marcos pulsó "Enviar".

La transacción apareció como "Pendiente" en Binance. Una confirmación. Dos confirmaciones. Con cada confirmación, sentía que algo se alejaba y algo se acercaba, como estar en un tren que acaba de empezar a moverse y ya no puedes bajarte.

0:47.

Tres confirmaciones. La transacción estaba completa. Mil euros acababan de evaporarse de su wallet hacia... hacia dónde exactamente no tenía ni puta idea.

0:23.

La pantalla negra parpadeó. El texto comenzó a cambiar:

TRANSACCIÓN VERIFICADA.

PREPARANDO INTERFAZ...

POR FAVOR, ASEGUÍRESE DE:

ESTAR EN UN LUGAR PRIVADO

TENER AURICULARES DISPONIBLES

DISPONER DE 90-120 MINUTOS SIN INTERRUPCIONES

TENER SU CONEXIÓN A INTERNET ESTABLE

INICIANDO EN 10...

Marcos se levantó de golpe, tirando la lata de cerveza a medio terminar. El líquido se derramó sobre la mesa de cristal italiano, goteando sobre la alfombra persa (también comprada en un arrebato de bonus). No le importó. Corrió hacia el dormitorio, cogió los AirPods Pro de la mesilla de noche, comprobó que estaban cargados (87%, suficiente), y volvió al salón.

5...

Se sentó en el sofá, alejándose del desastre de cerveza y comida china. Los AirPods se conectaron automáticamente al MacBook con ese sonido satisfactorio que Apple había perfeccionado para liberar dopamina.

3...

¿Qué coño estaba a punto de pasar?

2...

Su corazón latía como no lo había hecho desde... no recordaba cuándo. ¿El último sprint en la presentación al comité de dirección? No, eso era adrenalina del miedo. Esto era diferente.

1...

La pantalla se iluminó completamente en blanco, cegadora por un instante. Marcos entrecerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, ya no había texto. Había una forma de onda, como las que ves en los editores de audio, moviéndose suavemente, esperando.

Y entonces, la voz.

00:03

"Hola."

La voz llegó a través de los AirPods con una claridad sobrenatural. No era la típica voz sintética de Siri o Alexa. Era... humana. Completamente humana. Un hombre, quizás de unos cuarenta años, con un acento neutro, ni español ni latinoamericano, ni

británico ni americano. Era como si el concepto platónico de una voz masculina calmada hubiera cobrado vida.

"Sé que esto es desconcertante", continuó la voz. "Sé que tienes mil preguntas. Quién soy. Qué es esto. Por qué has pagado mil euros por algo que no entiendes. Todas son preguntas legítimas, y ninguna tiene una respuesta que te satisfaría en este momento."

Marcos abrió la boca para responder, pero la voz continuó:

"Primero, necesito explicarte las reglas. Son simples pero absolutas. Primera: esta sesión durará entre noventa y ciento veinte minutos, dependiendo de tus respuestas. Segunda: me harás caso en todo momento o la sesión terminará sin posibilidad de recuperación. Tercera: responderás a todas mis preguntas con honestidad absoluta. Este no es un detector de mentiras tradicional, no busco un pulso acelerado. El sistema funciona creando un modelo psicológico coherente de ti. Una mentira es un dato corrupto que genera una inconsistencia en el modelo. El sistema la detectará, la sesión se anulará y tu dinero se perderá. La única persona a la que engañarías serías a ti mismo."

La forma de onda en la pantalla latía con cada palabra, hipnótica.

"Si aceptas estas condiciones, di 'acepto'. Si no, cierra esta ventana ahora y... bueno, habrás pagado mil euros por escuchar mi voz durante dos minutos. Hay inversiones peores."

Marcos sintió la garganta seca. Tragó saliva. El PowerPoint seguía abierto en otra ventana, slide 37 de 74, el gráfico de barras torcido como una sonrisa sarcástica.

"Acepto", dijo, y su voz sonó extraña en el silencio del piso.

"Excelente. Antes de comenzar con las preguntas, necesito que hagas algo. Levántate y ve a tu cocina."

"¿Qué? ¿Por qué?"

El tono de la voz no cambió, seguía siendo calmado, casi paternal, pero había algo en la forma de decirlo que le hizo obedecer. Se levantó del sofá.

"Camina hacia la cocina."

Un escalofrío recorrió la espalda de Marcos. Caminó hacia la cocina, los AirPods manteniéndolo conectado a esa voz imposible.

"Abre el frigorífico."

Marcos obedeció. La luz fría del electrodoméstico iluminó su rostro. Dentro, el paisaje habitual de su vida de soltero con dinero pero sin tiempo: tres tupper de plástico con comida indeterminada, probablemente caducada; una botella de Blanc Pescador a medias; varios yogures Danone 0%; una bolsa de espinacas que había comprado con la intención de hacer smoothies y que ahora era una masa verde oscura y líquida; condimentos variados en la puerta.

"Probablemente al fondo, debe de haber una cerveza solitaria. Una Mahou, quizás. Cógela."

Marcos sintió que el suelo se movía bajo sus pies. ¿Cómo podía saber...? Apartó una bolsa de espinacas que empezaba a pudrirse y, efectivamente, allí estaba. Una Mahou cinco estrellas.

"No es magia", dijo la voz, como leyendo sus pensamientos. "Es estadística. Eres un chico, en Madrid, trabajando hasta las tantas un domingo. El 92% de los perfiles como el tuyo tienen cervezas en la nevera. Y el 67% de esas, alguna olvidada en el cajón de las verduras. Todo deja huellas. Tu perfil cuenta una historia."

"¿Quién eres?", preguntó Marcos, sosteniendo la cerveza fría en la mano.

"Alguien que sabe leer historias. Alguien que va a leerte a ti. Abre la cerveza, vuelve al salón, siéntate cómodo. Vamos a empezar."

Marcos obedeció, moviéndose como en un sueño. Abrió la cerveza (el sonido del gas escapando pareció anormalmente alto en el silencio del piso), volvió al salón, se sentó en el sofá. La mancha de cerveza en la mesa de cristal había empezado a secarse, dejando un cerco pegajoso.

"Primera pregunta", dijo la voz. "Y recuerda, honestidad absoluta. El sistema sabrá si mientes. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste completamente feliz?"

La pregunta cayó como una piedra en un pozo. Marcos abrió la boca, la cerró. ¿Feliz? ¿Completamente feliz? Pensó en el bonus del año pasado, 45.000 euros netos. No, eso no fue felicidad, fue alivio. Pensó en la última vez que se acostó con alguien, esa chica de Bumble, Patricia o Paula, hacía dos meses. No, eso fue... vacío, en realidad.

"Tómate tu tiempo", dijo la voz. "No hay prisa. Pero no te mientas a ti mismo."

Marcos bebió un trago de cerveza. Sabía exactamente cuándo había sido, pero admitirlo era admitir cuánto tiempo había pasado, cuánto había perdido.

"Septiembre de 2019", dijo finalmente. "Fuerteventura. Había ido a hacer surf con mi hermano pequeño, Pablo. El último día, pillé una ola perfecta. No fue la ola más grande ni la más difícil, pero fue... perfecta. Cuando salí del agua, Pablo estaba en la playa, aplaudiendo como un idiota, gritando '¡Ese es mi hermano!' a unos alemanes que no entendían nada. Cenamos pescado en un chiringuito de mierda, bebimos demasiadas cervezas, y hablamos hasta las cuatro de la mañana sobre todo y nada. Al día siguiente volví a Madrid y entré en el proyecto de transformación digital de Telefónica. No he vuelto a hacer surf desde entonces."

"¿Por qué no?"

"No hay tiempo. Siempre hay un entregable, un cliente, una presentación."

"No te he preguntado qué excusas te das. Te he preguntado por qué no."

Marcos sintió algo caliente subiendo por su garganta. No era la cerveza.

"Porque... porque tengo miedo de que si paro, si me bajo de esta puta rueda de hámster aunque sea un fin de semana, me daré

cuenta de que todo esto es una mierda y no tendrá el valor de volver."

"Segunda pregunta. ¿A qué hora te levantas cada día?"

"6:30."

"¿Por qué?"

"Para llegar a la oficina a las 8:00."

"¿Por qué necesitas llegar a las 8:00?"

"Porque... porque es lo que se espera. Los senior managers llegan a las 8:00."

"¿Quién lo espera?"

Marcos pensó. ¿Rodrigo, su manager? No, Rodrigo llegaba a las 9:30. ¿El cliente? El cliente ni siquiera sabía su nombre, era "el chico de Deloitte" o "el de las slides."

"Yo", admitió. "Yo lo espero de mí mismo. Porque si no llego a las 8:00, no soy suficientemente comprometido, no soy suficientemente bueno, no soy..."

"Suficiente. Nunca eres suficiente. Tercera pregunta. ¿Cuánto dinero tienes ahorrado?"

"237.000 euros. Más las crypto, unos 60.000 al cambio actual."

"¿Para qué?"

"¿Cómo que para qué?"

"¿Qué planeas hacer con ese dinero?"

Marcos bebió otro trago. La pregunta era sencilla pero la respuesta...

"Un piso. Invertir. Seguridad."

"¿Qué piso? ¿Dónde? ¿Cuándo?"

"No sé, un piso... un buen piso."

"¿Para vivir solo?"

La pregunta dolió más de lo esperado.

"No sé. Supongo. O sea, cuando conozca a alguien..."

"¿Estás ahorrando para una vida que no estás viviendo con una persona que no conoces en un piso que no has elegido?"

"Joder, cuando lo dices así..."

"Cuarta pregunta. Describe tu último domingo antes de este."

Marcos cerró los ojos, tratando de recordar. Los domingos se fundían unos con otros, una masa gris de resacas y ansiedad previa al lunes.

"Me levanté sobre las doce. Resaca del sábado, había estado en Panda Club con los del trabajo. Pedí un brunch por Glovo, vi tres episodios de una serie en Netflix que no recuerdo cuál era. Por la tarde fui al gimnasio del hotel Santo Mauro, ese al que voy porque es caro y así me obligo a ir, aunque voy dos veces al mes como mucho. Volví a casa, pedí sushi, empecé a mirar el email del trabajo sobre las siete, y a las ocho ya estaba con el PowerPoint. Me acosté a las dos de la mañana."

"¿Hablaste con alguien ese día? ¿Cualquier persona?"

Marcos pensó. El repartidor de Glovo no contaba, había sido un intercambio de "gracias" y "de nada". ¿El recepcionista del gimnasio? Solo había pasado la tarjeta.

"No. Con nadie."

"¿Y el domingo anterior?"

"Tampoco... bueno, llamé a mi madre cinco minutos. Me preguntó cuándo iba a ir a comer a casa. Le dije que tenía mucho trabajo. Me dijo que Pablo preguntaba por mí. Le dije que lo llamaría. No lo llamé."

"Quinta pregunta. ¿Por qué no lo llamaste?"

"Porque... porque Pablo es... Pablo tiene veinticuatro años, acaba de terminar Arquitectura, está lleno de planes y sueños y energía, y cada vez que hablo con él me pregunta '¿Qué tal el trabajo?' y yo digo 'Bien' y él sabe que miento y yo sé que él sabe y es... es agotador mantener la mentira con alguien que te conoce de verdad."

"Sexta pregunta. ¿Cuándo fue la última vez que lloraste?"

Marcos casi se ríe. "Los hombres no lloran", hubiera dicho su padre. "Los Santamaría somos fuertes", hubiera añadido. Pero la voz esperaba, paciente, y algo en esa paciencia le hacía imposible mentir.

"Hace tres semanas. Un martes. Estaba en el taxi volviendo de Torre Picasso a las once de la noche. El taxista tenía la radio puesta, la SER, y estaban poniendo una canción, 'Heroes' de David Bowie. Mi padre la ponía siempre en el coche cuando éramos pequeños. Y de repente me di cuenta de que mi padre tiene sesenta y ocho años, que le he visto cuatro veces este año, todas en comidas familiares donde hablamos del tiempo y del fútbol. Me di cuenta de que un día sonará el teléfono y será mi madre diciendo que papá ha tenido un infarto o un ictus o cualquier mierda de esas que les pasan a los padres cuando dejás de prestarles atención, y que no voy a poder decirle... no sé qué no voy a poder decirle, pero sé que hay algo, algo importante que necesito decirle y no sé qué es. Y lloré en ese puto taxi mientras el taxista miraba por el retrovisor pensando que era otro pijo borracho."

"¿Le has llamado desde entonces?"

"No."

"¿Por qué?"

"Porque no sé qué decirle. 'Hola papá, soy tu hijo el consultor exitoso que gana más en un mes que tú en un año cuando tenías mi edad pero que es profundamente infeliz y no sabe por qué.' No es una conversación fácil."

La voz guardó silencio por un momento. En la pantalla, la forma de onda latía suavemente, como un corazón digital.

"Séptima pregunta. Si murieras esta noche, ¿qué es lo que más lamentarías no haber hecho?"

Marcos bebió otro trago de cerveza. La Mahou estaba tibia ya, pero necesitaba algo que hacer con las manos.

"Todo. Lamentaría todo. No haber montado esa startup con Álex cuando me lo propuso. No haber seguido con Laura cuando se fue a Barcelona. No haber aprendido a tocar la guitarra. No haber viajado a Japón. No haber escrito ese libro sobre... da igual sobre qué, nunca pasé de la página tres. No haber sido valiente ni una puta vez en mi vida."

"¿Qué es ser valiente para ti?"

"Elegir. Elegir de verdad. No dejarme llevar, no hacer lo que se espera, no seguir el camino marcado. Elegir aunque sea la opción incorrecta, pero que sea mi elección."

"Octava pregunta. ¿Qué querías ser de pequeño?"

Marcos sonrió por primera vez desde que había empezado la conversación.

"Inventor. Quería inventar cosas. No sabía qué cosas, solo... inventar. Tenía un cuaderno donde dibujaba inventos imposibles. Una máquina para hablar con los perros, un casco para recordar los sueños, unas gafas para ver los sentimientos de las personas. Mi madre todavía tiene ese cuaderno en algún lugar."

"¿Cuándo dejaste de inventar?"

"Cuando descubrí que para entrar en el ICAI necesitaba una nota de 13.7 sobre 14. Entonces inventar se convirtió en estudiar, y estudiar se convirtió en trabajar, y trabajar se convirtió en... esto."

"Novena pregunta. Si tuvieras garantizado el éxito, ¿qué harías?"

"¿Garantizado cómo?"

"Garantizado. No puede fallar. Tendrás éxito sí o sí. ¿Qué harías?"

Marcos cerró los ojos. La respuesta vino inmediatamente, como si hubiera estado esperando años para salir.

"Una empresa de educación tecnológica para niños con dificultades de aprendizaje. Mi primo Javi es disléxico, mi vecina tiene un hijo con autismo. Veo cómo luchan con el sistema educativo tradicional. Haría algo que usara IA y realidad virtual para adaptar el aprendizaje a cada niño, a su ritmo, a su forma de entender el mundo. No para que saquen mejores notas, sino para que descubran que son brillantes a su manera."

"¿Por qué no lo haces?"

"Porque podría fallar."

"¿Y?"

"Y entonces habría dejado un trabajo de 80.000 euros al año para nada."

"¿Preferirías tener la seguridad de un trabajo que te mata lentamente o el riesgo de hacer algo que podría cambiar la vida de miles de niños?"

"Cuando lo dices así, parezco gilipollas."

"No eres gilipollas. Estás asustado. Todos lo estamos. Décima pregunta. ¿De qué tienes más miedo?"

Marcos no tuvo que pensar.

"De llegar a los sesenta años y darmel cuenta de que he vivido la vida de otra persona. De mirar atrás y ver cuarenta años de PowerPoints y reuniones y bonus y pisos caros y viajes a hoteles de cinco estrellas donde estaba demasiado cansado para disfrutar, y darmel cuenta de que nunca, ni una sola vez, hice algo que importara de verdad."

La voz guardó silencio durante unos segundos. Cuando volvió a hablar, había algo diferente en el tono, algo más... personal.

"Marcos, vamos a continuar con las preguntas, pero antes quiero que entiendas algo. Lo que estás a punto de recibir en veinticuatro horas no es un producto, no es un servicio, no es entretenimiento. Es un espejo. Un espejo temporal. Verás reflejado no quien eres, sino quien podrías ser, quien serás si tomas ciertas decisiones, si evitas ciertos errores. Pero ese reflejo solo será útil si eres brutalmente honesto contigo mismo ahora. ¿Entiendes?"

"Creo que sí."

"No creas. Decide. ¿Entiendes o no?"

"Entiendo."

"Bien. Pregunta once. ¿Cuántas personas te quieren de verdad?"

La pregunta fue como un puñetazo en el estómago. Marcos empezó a contar. Su madre, seguro. Su padre, a su manera. Pablo, sin duda. ¿Laura? No, Laura ya no, hace demasiado tiempo. ¿Sus amigos del trabajo? No eran amigos, eran colegas, competidores disfrazados de compañeros. ¿Los amigos de la universidad? Hacía meses que no hablaba con ellos más allá de likes en Instagram.

"Tres. Mi madre, mi padre y mi hermano."

"¿Y cuántas personas crees que llorarían en tu funeral?"

"Joder, qué pregunta más..."

"¿Cuántas?"

Marcos visualizó la escena. El tanatorio de la M-30, el que había visitado tres veces en los últimos cinco años. Su familia, claro. Algunos compañeros del trabajo por obligación. Quizás Laura, si se enteraba.

"Diez. Quince como mucho."

"¿Te parece suficiente para veintiocho años de vida?"

"No."

"Pregunta doce. ¿Cuál es tu mayor secreto?"

Marcos sintió el calor subiendo por su cuello. Había secretos y secretos. Estaba lo de aquella vez en Ámsterdam que prefería olvidar. Estaba lo del dinero que había perdido en apuestas online el año pasado. Pero el mayor...

"A veces, cuando estoy en la oficina, en medio de una reunión sobre estrategias de crecimiento o ventajas competitivas, me imagino levantándome, sin decir nada, y saliendo. Salir del edificio, coger el metro, ir al aeropuerto y comprar un billete al primer sitio disponible. Desaparecer. Empezar de cero en un lugar donde nadie me conozca, donde no sea el hijo de Francisco Santamaría, el hermano mayor de Pablo, el chico de Deloitte. Ser nadie. O mejor, ser quien yo decida ser."

"¿Qué te detiene?"

"La cobardía disfrazada de responsabilidad."

"Pregunta trece. ¿Qué le dirías a tu yo de dieciocho años?"

Marcos casi se ríe. Su yo de dieciocho años, empezando en el ICAI, convencido de que iba a cambiar el mundo.

"Le diría que no tenga tanta prisa. Que las decisiones que tome por miedo o por presión serán las que más lamente. Que el éxito que otros definen para él no es éxito en absoluto. Que mantenga a las personas que le quieren cerca, muy cerca. Que el tiempo no es dinero, el tiempo es vida, y la está cambiando por números en una cuenta bancaria. Le diría que sea valiente, joder, que sea valiente al menos una vez."

"¿Y crees que te escucharía?"

"No. Estaba demasiado ocupado intentando demostrar algo. No sé a quién."

"Pregunta catorce. ¿Con quién te comparas constantemente?"

"Con todos y con nadie. Con mis compañeros de promoción que están en Goldman Sachs o en fondos de inversión. Con Álex y su startup. Con mi padre a mi edad. Con una versión imaginaria de mí mismo que tomó todas las decisiones correctas."

"¿Y quién gana en esas comparaciones?"

"Nunca yo. Nunca soy suficientemente rico, suficientemente exitoso, suficientemente valiente, suficientemente nada."

"Pregunta quince. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por primera vez?"

Marcos tuvo que pensar. Y pensar. Y pensar más.

"No me acuerdo."

"Inténtalo."

"De verdad que no... Espera. Hace dos años. Fui a una clase de cerámica. Era un regalo de empresa, team building. Hice un cenicero deforme. Fue... fue divertido, supongo. Mancharme las manos, crear algo físico, aunque fuera una mierda de cenicero."

"¿Volviste?"

"No. No había tiempo."

"Siempre dices que no hay tiempo. Pregunta dieciséis. ¿En qué gastas realmente tu tiempo?"

Marcos empezó a hacer el cálculo mental. Ocho horas durmiendo (cuando conseguía dormir). Diez a doce horas trabajando. Una hora en transporte. Una hora comiendo. Eso dejaba... tres o cuatro horas. ¿En qué se iban?

"Instagram. Netflix. Revisar el email. Pensar en todo lo que debería estar haciendo mientras no hago nada. Sentirme culpable por no ser productivo mientras soy incapaz de ser productivo."

"Pregunta diecisiete. ¿Qué es lo último que hiciste que te hizo sentir orgulloso de ti mismo?"

Esta vez la respuesta vino rápida, sorprendiéndole.

"Hace un mes. Mi vecina, la que tiene el hijo autista, estaba llorando en el rellano. El niño, Miguel, había tenido una crisis en el colegio y querían expulsarlo. Me senté con ella, revisé la

legislación educativa, escribí una carta al colegio citando sus obligaciones legales, amenazando con denunciar si era necesario. El niño sigue en el colegio. La vecina me trajo un bizcocho casero. Fue... fue la primera vez en meses que sentí que lo que sabía hacer servía para algo real."

"¿Por qué no haces más cosas así?"

"Porque no me pagan por hacer cosas así."

"¿Todo lo que haces tiene que pagarse?"

"No, pero..."

"Pregunta dieciocho. ¿Cuál es tu relación con el dinero?"

Marcos bebió el último trago de la cerveza tibia. Necesitaba otra, pero no quería interrumpir... esto, lo que fuera que estaba pasando.

"Complicada. Gano más dinero del que nunca soñé ganar, pero nunca tengo suficiente. Ahorro compulsivamente pero no sé para qué. Es como... como puntos en un videojuego. Un marcador que sube pero que no significa nada real."

"¿Qué crees que estás comprando realmente con ese dinero?"

"Opciones. La opción de dejarlo todo algún día. La opción de ser libre. Pero es mentira, porque cuanto más dinero tengo, más miedo me da perderlo."

"Pregunta diecinueve. Describe tu muerte ideal."

"¿Mi qué?"

"Tu muerte ideal. Todos vamos a morir. ¿Cómo te gustaría que fuera?"

Marcos nunca había pensado en ello. La muerte era algo lejano, abstracto, algo que les pasaba a otros.

"Viejo. Muy viejo. En mi cama, supongo. Sin dolor."

"Eso no es una muerte, es una ausencia de muerte. Te lo pregunto de otro modo. Cuando mueras, ¿qué te gustaría estar sintiendo?"

Esta vez Marcos se tomó su tiempo.

"Paz. Que no queda nada pendiente. Que dije lo que tenía que decir, que hice lo que tenía que hacer. Que las personas que quiero saben que las quiero. Que dejé algo, por pequeño que sea, que hizo el mundo un poco mejor. Que viví mi vida, no la vida que se esperaba de mí."

"Pregunta veinte. Si tu vida fuera una película, ¿en qué momento estarías ahora?"

"En ese momento de mierda del segundo acto donde el protagonista está perdido, donde todo lo que ha intentado no ha funcionado, donde necesita un catalizador, algo que le fuerce a cambiar porque por sí mismo no puede."

"¿Y qué crees que es esta conversación?"

"El catalizador, espero."

"No esperes. Decide. Pregunta veintiuno..."

Y así continuó. Pregunta tras pregunta, cada una más profunda, más incómoda, más reveladora que la anterior. La voz preguntó sobre sus relaciones ("¿Por qué saboteas cada relación cuando empieza a ser seria?"), sobre su cuerpo ("¿Cuándo dejaste de sentirte cómodo en tu propia piel?"), sobre sus sueños ("¿Qué sueños recurrentes tienes y qué crees que significan?"), sobre su rabia ("¿Contra quién estás realmente enfadado?"), sobre su familia ("¿Qué patrones de tu padre estás repitiendo?"), sobre el sexo ("¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor en lugar de simplemente follar?"), sobre la muerte ("¿Si te dijeran que te queda un año de vida, qué dejarías de hacer inmediatamente?"), sobre Dios ("¿En qué crees realmente cuando nadie te está mirando?").

Con cada pregunta, Marcos sentía que se desnudaba una capa, como esas muñecas rusas, quitando máscara tras máscara hasta llegar a algo esencial, algo que había olvidado que existía.

En algún momento se levantó a por otra cerveza. En algún momento pidió una pizza que llegó y se enfrió sin tocarla. En algún momento el reloj marcó las 2:00 AM, luego las 2:30.

Y entonces, después de la pregunta noventa y algo (había perdido la cuenta), la voz cambió de tono.

02:47

"Última pregunta, Marcos. La más importante. Si tu yo del futuro, digamos con cincuenta y ocho años, pudiera escribirte una carta ahora mismo, ¿qué crees que te diría?"

Marcos estaba agotado. Emocionalmente vaciado. Había llorado dos veces más durante la entrevista, había reído una vez (recordando una anécdota con Pablo que había olvidado que recordaba), había sentido rabia, miedo, nostalgia, esperanza.

"Creo..." comenzó, y su voz estaba ronca de tanto hablar. "Creo que me diría que todo lo que me da miedo ahora son pequeñeces. Que las decisiones que estoy posponiendo son las decisiones que definen una vida. Que el trabajo que creo tan importante no lo recordaré en treinta años, pero sí recordaré las cenas que no fui, las llamadas que no hice, los viajes que no realicé. Me diría que Pablo necesita a su hermano mayor más de lo que aparenta. Que mis padres no son eternos. Que Laura sí me quería y yo también la quería y fui un cobarde. Me diría que el dinero que estoy ahorrando no vale la vida que estoy perdiendo. Me diría que no es tarde, que a los veintiocho todavía no es tarde, pero que cada día que pasa es un día menos para ser valiente. Me diría que deje de prepararme para vivir y empiece a vivir. Me diría..."

Marcos se detuvo. Las lágrimas corrían por sus mejillas y esta vez no intentó pararlas.

"Me diría 'No tengas miedo, Marcos. Al final, el único fracaso real es no haberlo intentado.'"

La voz guardó silencio durante largos segundos. Cuando volvió de nuevo, había algo diferente, algo casi... ¡emocionado?

"Marcos, han sido ciento sesenta y cuatro minutos y treinta y siete segundos. Has respondido a noventa y seis preguntas. El sistema tiene todo lo que necesita. En exactamente veinticuatro horas, a las 2:47 AM del martes, recibirás un paquete. No es necesario que estés despierto, pero te recomiendo que lo estés. No es magia, no es misticismo, es... llamémoslo proyección probabilística avanzada basada en patrones psicológicos profundos. Pero los términos técnicos no importan. Luego, tendrás que elegir. Porque saber el camino y caminarlo son dos cosas muy diferentes."

"Espera", dijo Marcos. "¿Quién eres? ¿Quién está detrás de esto?"

"Alguien que entendió, quizás demasiado tarde, que el futuro no se predice, se elige. O quizás soy solo un algoritmo muy sofisticado diseñado para hacerte creer que soy alguien. ¿Importa?"

"Sí. No. No lo sé."

"Exacto. Última instrucción, Marcos. Cuando termine esta llamada, cuando la pantalla se apague, no busques información sobre este servicio. No encontrarás nada, y el intento de búsqueda cancelará el envío del libro. No hables con nadie sobre esto. Después... después serás libre de hacer lo que quieras. Aunque sospecho que después ya no querrás hablar de ello. Querrás vivirlo."

"¿Y Álex? ¿Puedo hablar con Álex?"

"Álex hizo su parte. Ahora te toca a ti hacer la tuya. Una última cosa, Marcos."

"¿Qué?"

"Sé que tu cabeza te dice que tienes que seguir, que es lo más importante del mundo ahora mismo. Pero escúchame con atención: ya no es posible. No así. Estás agotado. Un cerebro exhausto no crea soluciones, solo comete errores. Cierra todo. Duerme."

Antes de que Marcos pudiera responder, la pantalla se apagó. No se cerró, no apareció ningún mensaje de despedida. Simplemente

se volvió blanca, como si nunca hubiera existido. Solo aparecía el mensaje:

"No se puede acceder a este sitio web. Comprueba si hay un error de escritura en [https://7x9mN2p.onion/session/
B4kL9Tz2.DNS_PROBE_FINISHED_NXDOMAIN](https://7x9mN2p.onion/session/B4kL9Tz2.DNS_PROBE_FINISHED_NXDOMAIN)"

Marcos se quedó sentado en el sofá, en la oscuridad de su piso de Chamberí, con dos latas de cerveza vacías, una pizza fría, y la sensación de que acababa de ocurrir algo irreversible. Algo que no podía deshacer aunque quisiera.

En veinticuatro horas casi exactas sabría si había gastado mil euros en la mayor estafa de su vida o en su salvación.

Se levantó, fue hacia el MacBook, abrió el PowerPoint. Slide 37 de 74. Miró el gráfico de barras. Joder.

Mientras corregía los números, una sola pregunta daba vueltas en su cabeza: Me tiene que dar tiempo a terminar todo esto.

La decisión, como siempre, sería solo suya.

Miró el reloj: 2:50 AM.

Capítulo 2. La Espera

No hizo caso. No consiguió dormir nada.

La recomendación de la voz había sido clara: Duerme, o todo será un desastre. Marcos había corregido el gráfico en treinta segundos, guardado el archivo en la carpeta compartida del proyecto para que Rodrigo pudiera revisarlo, hecho backup en tres sitios diferentes, y luego se había quedado mirando la pantalla negra donde minutos antes había estado la interfaz imposible, la forma de onda que latía con cada palabra de esa voz que sabía demasiado.

Intentó dormir. Se metió en la cama a las 3:15, cerró los ojos, contó ovejas, respiró profundo, probó esa mierda de meditación que le había recomendado el coach ejecutivo que Deloitte había contratado para los senior managers. Nada. Su cerebro era una lavadora en centrifugado, girando y girando sobre las mismas preguntas: ¿Qué acababa de pasar? ¿Quién estaba detrás de esto? ¿Cómo sabían lo del gráfico? ¿Y si era una estafa elaboradísima? ¿Y si no lo era?

A las 5:30 se rindió. Se levantó, se duchó con agua casi hirviendo, se afeitó cortándose dos veces porque le temblaba la mano, se puso el traje azul marino (el de las presentaciones importantes, el que le daba "presencia ejecutiva" según Rodrigo), y salió de casa a las 6:45.

Madrid a esas horas era otra ciudad. Los barrenderos terminando su turno, los runners obsesivos conquistando kilómetros antes de

encerrarse en sus propias oficinas, los borrachos tardíos tambaleándose hacia casas que no recordarían. Marcos caminó hasta la parada de taxis en Iglesia, pero luego siguió andando. Necesitaba moverse, quemar la ansiedad que le corroía desde dentro.

Llegó a Torre Picasso a las 7:30. El edificio se alzaba contra el cielo gris de Madrid como un dedo medio gigante dirigido a todos los que dormían plácidamente. El segurata de la entrada, Jesús, un sesentón con cara de haber visto demasiado, lo saludó con su habitual "Otro lunes, ¿eh, jefe?"

"Otro lunes, Jesús."

"¿Café?"

"Doble."

Jesús le tendió un vaso de la máquina del lobby. Sabía a aceite quemado y desesperación, pero era caliente y tenía cafeína.

"Parece que has visto un fantasma, chaval."

"Algo así."

Marcos subió al piso 23. A esas horas, la planta de Deloitte estaba vacía salvo por algún becario desgraciado que habría pasado la noche terminando algún análisis urgentísimo que nadie leería. Las luces se fueron encendiendo con su movimiento, ese sistema de eficiencia energética que siempre le había parecido una metáfora perfecta: iluminación solo donde hay movimiento, oscuridad en cuanto te detienes.

08:00

Su despacho —en realidad un cubículo de cristal con pretensiones — olía a ambientador de pino sintético y ansiedad acumulada. Marcos abrió el PowerPoint por quinta vez. El gráfico estaba perfecto. Los datos del Q3 en el Q3, los del Q4 en el Q4. Crisis evitada.

A las 8:03 llegó Patricia, la becaria asignada a su proyecto. Veintitrés años, recién salida del máster, ojos brillantes que

todavía no habían sido apagados por la rutina. Le recordaba a sí mismo hace cinco años, cuando todavía creía que "consultoría estratégica" significaba algo más que hacer PowerPoints bonitos para ejecutivos que ya habían tomado sus decisiones.

"Buenos días, Marcos. ¿Llevas mucho?"

"Un rato."

"¿Revisamos la presentación?"

"Ya está. Solo... proyéctala en la sala, asegúrate de que todo funciona."

Patricia lo miró extrañada. Marcos siempre revisaba todo tres veces, era su marca personal, su TOC corporativo.

"¿Estás bien?"

"Perfectamente. Solo cansado."

Mintió. No estaba perfectamente. Estaba contando los minutos. Veinticuatro horas desde las 2:47 AM serían las 2:47 AM del martes. Faltaban dieciocho horas y cuarenta y cuatro minutos. Mil ciento veinticuatro minutos. Sesenta y siete mil cuatrocientos cuarenta segundos. No es que estuviera contando.

A las 8:30 llegó Rodrigo, su manager. Cuarenta y dos años, divorciado, vivía para el trabajo porque el trabajo era lo único que no lo había abandonado. Entró sin llamar, como siempre.

"Santamaría, ¿listo para hoy?"

"Como siempre."

"He revisado el deck esta mañana en la carpeta compartida. Buen trabajo. Especialmente el análisis del Q3-Q4. Muy limpio."

Marcos sintió un escalofrío. Si no hubiera corregido el error...

"El cliente estará especialmente quisquilloso hoy", continuó Rodrigo. "Ayer despidieron al CFO. Van a querer sangre o resultados, preferiblemente ambos."

"¿Despidieron a Martínez?"

"Diferencias estratégicas, dicen. Pero todos sabemos que fue por el fiasco del Q3."

El mismo Q3 que Marcos había tenido mal en el gráfico hasta hacía menos de seis horas.

09:00

La sala de reuniones del cliente era todo lo que Marcos odiaba del mundo corporativo concentrado en cuarenta metros cuadrados. Mesa de madera noble que había costado más que el salario anual de un becario, sillas ergonómicas que nadie sabía ajustar, una pantalla de 85 pulgadas que mostraba su PowerPoint como si fuera la puta Capilla Sixtina del management consulting.

Parte del comité directivo de Novartis entró en procesión. Cinco hombres y una mujer, todos entre cincuenta y sesenta años, todos con esa expresión de haber vendido su alma hace tanto tiempo que ya no recordaban el precio. El nuevo CEO temporal, Joaquín Mendoza, un tiburón traído de la competencia para "reestructurar" (léase: despedir al 30% de la plantilla), se sentó justo enfrente de Marcos.

"Caballeros, señora," empezó Marcos, y su voz sonó sorprendentemente firme. "Los resultados del análisis de optimización de la cadena de suministro muestran oportunidades significativas de mejora."

Slide 1 de 74.

Mientras hablaba, mientras señalaba gráficos y explicaba sinergias y economías de escala y transformación digital, una parte de su cerebro estaba en otro lugar. Pensando en la voz. En las preguntas. En el libro que llegaría —o no— en diecisiete horas y dieciséis minutos.

Slide 23 de 74.

"Disculpe," interrumpió Mendoza. "Este análisis del Q3, ¿puede ampliarlo?"

Era el slide 37. El del gráfico que había estado mal.

"Por supuesto," dijo Marcos, y procedió a explicar unos números que, de no haber corregido el error a tiempo, habrían sido un desastre. Mendoza asintió, aparentemente satisfecho.

Slide 55 de 74.

Patricia tomaba notas, Rodrigo asentía en los momentos apropiados, los directivos de Novartis fingían entender implicaciones que no entendían. Business as usual. Except nothing was usual anymore.

Slide 74 de 74.

"Excelente trabajo," dijo Mendoza, y Marcos supo que era mentira. No era excelente. Era competente. Era lo esperado. Era exactamente lo que Mendoza necesitaba para justificar decisiones que ya había tomado. "Necesitaremos el informe completo para el viernes."

"Lo tendrán el jueves," prometió Rodrigo.

Marcos asintió, sabiendo que sería él quien lo escribiría, no Rodrigo. Siempre era así.

13:30

La cafetería corporativa de Torre Picasso era un intento de Google que había salido mal. Mesas de ping pong que nadie usaba, sofás de colores que daban dolor de espalda, una barra de zumos naturales que servía líquidos verdes con nombres como "Detox Warrior" y "Green Goddess". Marcos cogió un sándwich de pavo que sabía a cartón húmedo y un Aquarius.

"¿Te importa si me siento?"

Era Nuria. Nuria Castell, senior manager en el equipo de transformación digital, treinta y un años, guapa de esa manera que no necesita esfuerzo, inteligente de esa manera que asusta a los hombres mediocres. Habían tenido algo —¿qué exactamente?— hacía seis meses. Tres semanas de mensajes a deshoras, dos cenas, una noche en su piso, y luego Marcos había hecho lo que siempre

hacía: desaparecer gradualmente, contestar cada vez más tarde, estar cada vez más ocupado, hasta que ella captó el mensaje y dejó de escribir.

"Claro," mintió Marcos.

Nuria se sentó. Llevaba un vestido azul que le quedaba criminalmente bien y olía a ese perfume caro que Marcos nunca había conseguido identificar.

"Tienes una pinta horrible."

"Gracias. Tú también estás estupenda."

Ella sonrió, esa sonrisa que significaba que sabía exactamente qué estaba pasando por la cabeza de Marcos.

"¿Qué te pasa? Y no me digas que nada, te conozco."

"No me conoces."

"Te conozco lo suficiente para saber que algo te está comiendo por dentro. Llevas todo el día mirando el móvil como si esperaras que te llamaran para decirte que tienes cáncer."

Marcos miró la hora. 13:37. Trece horas y diez minutos.

"Es... complicado."

"¿Cuándo no lo es contigo?" Había amargura en su voz, apenas disimulada. "Todo siempre es complicado. Tu trabajo, tus relaciones, tus..."

"Nuria, por favor."

"¿Por favor qué? ¿Que no te diga la verdad? Vale, sigamos fingiendo. Tú finges que estás bien, yo finjo que no me importa, todos fingimos que esta vida tiene sentido."

Se levantó para irse.

"Espera," dijo Marcos, y algo en su tono la detuvo. "Tienes razón. En todo. Soy un desastre. Sé que soy un desastre. Y sé que te traté mal, que te mereces una disculpa que nunca te di."

Nuria se volvió a sentar, despacio, como si temiera que cualquier movimiento brusco fuera a romper este momento de honestidad.

"¿Qué te pasa, Marcos? En serio."

Marcos estuvo a punto de contárselo. A punto. Podía sentir las palabras formándose: "Anoche pagué mil euros a una voz por internet que me hizo noventa y seis preguntas y ahora estoy esperando lo desconocido." Sonaba a locura. Era locura.

"Estoy replanteándome cosas," dijo finalmente.

"¿El trabajo?"

"Todo. El trabajo, la vida, las decisiones que he tomado, las que no he tomado."

"¿Y yo? ¿También te replanteas lo nuestro?"

Marcos la miró. Realmente la miró. No solo su belleza obvia, sino las pequeñas arrugas de expresión alrededor de sus ojos, la forma en que se mordía el labio inferior cuando estaba nerviosa, la valentía de estar ahí, preguntando, exponiéndose.

"Especialmente lo nuestro."

"Eres un cabrón, ¿lo sabías?"

"Lo sé."

"Un cabrón cobarde."

"También lo sé."

"¿Y qué vas a hacer al respecto?"

Antes de que Marcos pudiera responder, su móvil vibró. Un mensaje de WhatsApp. Lo miró por reflejo.

Pablo

Hoy, 13:42

Ey bro, ¿sigues vivo? Mamá está preocupada. Dice que no coges el teléfono. Por cierto, ¿te acuerdas de Fuerteventura? He encontrado las fotos. Eres la hostia sobre esa tabla. ¿Qué pasó con ese tío?

Adjunta había una foto. Marcos sobre una ola, perfectamente equilibrado, con una expresión de alegría pura que no recordaba haber tenido.

"¿Tu hermano?" preguntó Nuria.

"Sí."

"Siempre hablas de él con... no sé, con una mezcla de orgullo y culpa."

"Es que es exactamente eso."

Nuria se levantó, esta vez definitivamente.

"Marcos, voy a decirte algo y luego me voy a ir. Eres brillante. Podrías ser extraordinario. Pero has elegido ser mediocre porque ser mediocre es seguro. Y lo peor es que lo sabes. Vives con esa conciencia cada día y en lugar de hacer algo al respecto, te hundes más. Es como verte ahogarte en cámara lenta mientras rechazas todos los salvavidas."

Se inclinó y lo besó en la mejilla, un roce de labios que duró un segundo de más.

"Cuando dejes de tener miedo, si es que eso pasa algún día, llámame. O no lo hagas. Pero decide. Por una vez en tu vida, decide algo de verdad."

Y se fue, dejando tras ella ese perfume que Marcos nunca había identificado y la sensación de haber perdido algo importante antes siquiera de saber que lo tenía.

18:45

La oficina se había ido vaciando gradualmente. Los que tenían vida se habían ido a las seis. Los que tenían familia a las siete. Los que no tenían nada, como Marcos, seguían allí, fingiendo trabajar mientras el tiempo pasaba con una lentitud exasperante.

El informe para Novartis estaba empezado. Doce páginas de nada disfrazada de algo. "Oportunidades de optimización", "sinergias operacionales", "transformación holística". Palabras que no significaban nada, que eran puro relleno corporativo, papel pintado para cubrir el vacío.

A las 19:15 guardó el documento. No tenía sentido seguir. Su cerebro estaba en otro lugar, contando minutos. Siete horas y media. Cuatrocientos cincuenta minutos.

Bajó a la calle, cogió el metro en Santiago Bernabéu, se dejó llevar por la masa humana que se movía como un organismo único hacia sus casas, sus cenas, sus vidas. Llegó a Chamberí a las 20:15. Se duchó, se puso ropa cómoda, pidió comida tailandesa que apenas tocó.

20:30

Su móvil sonó. Número desconocido.

"¿Sí?"

"¿Marcos?"

"Sí, ¿quién es?"

"Soy Laura."

El mundo se detuvo. Laura. Laura Mendivil. Su Laura. Bueno, ya no era suya. Hacía cuatro años que no era suya.

"Laura... ¿Cómo...? ¿De dónde has sacado mi número?"

"Tu hermano. Le escribí por Instagram. Espero que no te moleste."

La voz sonaba igual pero diferente. Más segura, más calmada. Como si hubiera encontrado algo que llevaba tiempo buscando.

"No, no me molesta. Solo me... me sorprende. ¿Cómo estás?"

"Bien, Marcos. Muy bien, la verdad. Barcelona me ha sentado genial. El trabajo, la vida... todo bien."

"Me alegro."

Silencio incómodo. El tipo de silencio que se forma cuando dos personas que se lo dijeron todo ya no saben qué decirse.

"Marcos, te llamo porque... bueno, porque creo que tienes derecho a saberlo antes que nadie. Me voy a casar."

Las palabras cayeron como piedras en un pozo vacío. Marcos sintió algo rompiéndose en su pecho, algo que creía que ya se había roto hacía tiempo.

"Ah. Vale. Enhorabuena."

"Se llama David. Es arquitecto, como Pablo. De hecho, fue Pablo quien nos presentó cuando vino a verme el año pasado. ¿No te lo dijo?"

"No. Pablo y yo... no hablamos mucho últimamente."

"Ya me dijo. Está preocupado por ti."

Marcos cerró los ojos. Pablo había ido a Barcelona a ver a Laura y no se lo había contado. Pablo conocía a David, al hombre que se iba a casar con la mujer que había sido suya. Pablo, que siempre había adorado a Laura, que le había dicho mil veces que era idiota por no irse con ella.

"¿Cuándo es la boda?"

"En junio del año que viene. Será pequeñita, en un pueblo cerca de Girona. Él es de allí. Ya conoces a mi familia, no somos muy de grandes celebraciones."

"Claro."

Otro silencio. Marcos se imaginó la escena: Laura en un vestido sencillo, brillando de esa manera que solo brillan las mujeres que

han encontrado su lugar en el mundo. David, probablemente alto, seguramente con barba, con esos ojos de hombre que no tiene miedo de apostar por lo que quiere. Los padres de Laura sonriendo de verdad por primera vez en años.

"Marcos, ¿estás bien?"

"Sí, perfectamente. Solo... me alegro por ti. Te lo mereces."

"Gracias. Eso significa mucho viiendo de ti."

"¿Te... te trata bien?"

Laura río, pero no fue una risa cruel. Fue la risa de alguien que está genuinamente feliz.

"Me trata como si fuera la cosa más importante del mundo. Cuando le ofrecieron un trabajo en Madrid el año pasado, ni se lo pensó. Dijo que Barcelona era donde yo estaba, así que Barcelona era donde tenía que estar él. Así de simple."

Un puñetazo en el estómago habría dolido menos.

"Me alegro —logró decir Marcos—. De verdad. Te mereces a alguien que... que elija bien."

"Marcos..."

"¿Qué?"

"Sé que esto es raro. Llamarte después de cuatro años para decirte que me caso con otro. Pero es que... durante mucho tiempo pensé que serías la primera persona a la que se lo contaría. Y ahora que está pasando, me he dado cuenta de lo mucho que hemos cambiado, de lo lejos que estamos. Y eso me da pena. Mucha pena."

"A mí también."

"¿Eres feliz, Marcos? Dime la verdad."

La pregunta lo desarmó completamente. Podría haber mentido. Debería haber mentido. Decir que sí, que estaba genial, que su

carrera iba viento en popa, que tenía una vida estupenda. Pero algo en la voz de Laura, en esa familiaridad que todavía existía entre ellos después de cuatro años, le hizo imposible mentir.

"No. No soy feliz. Soy funcional, pero no feliz."

"¿El trabajo?"

"Entre otras cosas. Todo, en realidad. Es como si estuviera viviendo la vida de otra persona y no supiera cómo volver a la mía."

"Marcos... —Laura hizo una pausa larga—. Cuando me fui a Barcelona, durante los primeros meses esperé que cambiara de opinión. Que cogieras el AVE un viernes cualquiera y aparecieras en mi puerta con una maleta y esa sonrisa tuya de cuando hacías algo espontáneo. Esperé mucho tiempo."

"Lo sé."

"Pero luego entendí que no ibas a venir. Que habías elegido la seguridad, como siempre. Y me dolió, pero también me liberó. Porque me di cuenta de que no podía seguir esperando a que fuieras valiente. Tenía que serlo yo."

"Y lo fuiste."

"Sí. Y después llegó David, que no tuvo que ser valiente porque para él elegirme fue lo más natural del mundo. Eso es lo que te mereces, Marcos. Alguien para quien quererte no sea un acto de valentía sino la cosa más fácil del mundo. Y tú mereces ser esa persona para alguien."

Marcos sintió las lágrimas corriendo por sus mejillas. Estaba solo en su piso, mirando por la ventana las luces de Madrid, llorando por una vida que podría haber tenido y que había elegido no vivir.

"Laura, yo..."

"No tienes que decir nada. Solo... cuídate. Y llama a Pablo. Te adora, y está preocupado. Y llama a tus padres. Tu madre me preguntaba por ti cuando me los encontré el año pasado en el Rastro. También están preocupados."

"¿Mis padres? ¿Cuándo te encontraste con mis padres?"

"En diciembre, cuando vine por Navidad. Fue casualidad. Estaban en la caseta de discos viejos, tu padre buscando algo de Serrat. Me vieron y... Marcos, se les iluminó la cara. Pensaron que venía a verte, que estábamos juntos otra vez. Tuve que explicarles que no, que solo estaba de visita. Se quedaron tan... tan tristes. Tu madre me dijo que casi no vas por casa, que cuando vas estás pendiente del móvil, que ya no eres el de antes."

Marcos cerró los ojos. Sus padres. En el Rastro. Esperando que Laura fuera a verle. La imagen le partió algo por dentro.

"Marcos, tengo que colgar. David está haciendo la cena y..."

"Claro, vete. Y Laura... gracias. Por llamar. Por contármelo así."

"Cuídate, ¿vale? Y sé feliz. De verdad. Te lo mereces, aunque no lo creas."

"Laura..."

"¿Qué?"

"¿Tú eres feliz? De verdad, ¿eres feliz?"

Por primera vez en toda la conversación, Laura no dudó ni un segundo.

"Sí, Marcos. Soy muy feliz. Por primera vez en mi vida, soy completamente feliz."

"Cuídate mucho."

Y colgó.

Marcos se quedó mirando el teléfono. Seis horas y diecisiete minutos para las 2:47 AM. El mundo se estaba volviendo extraño, los bordes de la realidad desdibujándose. Era coincidencia. Todo era coincidencia.

¿Verdad?

23:47

Marcos estaba en su piso, en el sofá, mirando la puerta. Había llegado a casa hacía más de tres horas, se había duchado, había intentado comer algo (espaguetis con tomate, lo único que su estómago cerrado había aceptado), y ahora simplemente esperaba.

Tres horas exactas.

Había limpiado el piso, algo que no hacía desde hacía meses. Había ordenado los libros de la estantería, esos libros de desarrollo personal y estrategia empresarial que nunca había leído. Había incluso fregado los platos, a mano, uno por uno, como si el orden externo pudiera calmar el caos interno. Había recogido las dos latas vacías de Estrella Galicia de la mesa de cristal y la Mahou vacía que había bebido durante la sesión con la voz, tirándolas a la basura junto con los restos de la pizza fría.

Dos horas y cuarenta y cinco minutos.

El móvil vibró. Mensaje de Álex.

Álex Chen - Singapur

Hoy, 23:48

24 horas. ¿Cómo estás?

Marcos tecleó y borró cinco respuestas diferentes antes de enviar:

Acojonado.

Lo sé. Todos lo estamos la primera vez.

¿La primera vez? ¿Hay una segunda?

Para algunos. Para los que entienden realmente lo que está pasando. Pero eso lo descubrirás tú solo. ¿Has hablado con alguien sobre esto?

No. Casi se louento a... da igual. No, no he hablado con nadie.

Bien. No lo hagas. Después... después probablemente no querrás.

Álex, ¿qué es esto? ¿Quién está detrás?

No lo sé. Nadie lo sabe. Y los que dicen saberlo, mienten. Solo sé que funciona. Que es real. Que cambia vidas. Me cambió a mí.

¿Cómo?

Eso no puedo contártelo. Es... es demasiado personal. Pero Marcos, hermano, lo que está a punto de pasar... mantén la mente abierta.

Me estás asustando más.

Bien. El miedo es el principio de la sabiduría.

¿Y qué más?

Cambié todo.

Álex, una última pregunta. ¿Por qué yo? ¿Por qué me enviaste el enlace a mí?

Los tres puntos de "escribiendo" aparecieron y desaparecieron varias veces.

Porque vi en ti lo que alguien vio en mí. Potencial desperdiciado. Brillantez apagándose. Un hombre bueno convirtiéndose en un autómata corporativo. Y porque, de todos los que conozco, eres el único lo suficientemente valiente para hacer algo al respecto.

Aunque todavía no lo sepas.

No me siento valiente.

La valentía no es la ausencia de miedo, hermano. Es actuar a pesar de él. Son las 06:03 del martes aquí, madrugada. Me voy a dormir. Mañana, si quieras hablar, aquí estoy. Si no quieras, lo entenderé. Algunos nunca vuelven a hablar de ello. Es demasiado... íntimo.

Álex...

Suerte, Marcos. O no suerte. Destino. O lo que sea esto.

Y se desconectó.

Martes, 02:32

Quince minutos.

Marcos había apagado todas las luces excepto la lámpara de pie del salón. Había silenciado el móvil. Nada podía interrumpir esto.

Diez minutos.

Se sirvió un whisky. Macallan 18. Lo había comprado para una ocasión especial que nunca había llegado. Supuso que esta contaba.

Cinco minutos.

Se sentó en el sofá, mirando la puerta. El whisky sabía a humo y a tiempo, a madera vieja y decisiones pendientes.

Tres minutos.

Su corazón latía tan fuerte que podía oírlo. O quizás era el vecino de arriba, que a veces ponía música a deshoras. No, era su corazón.

Un minuto.

¿Y si no llegaba nada? ¿Y si todo había sido una elaboradísima broma? Mil euros tirados a la basura y...

El timbre del interfono sonó.

Marcos miró su móvil: 2:47 AM. Exacto al segundo.

Se levantó con piernas que parecían de gelatina y fue hacia el interfono. La pantalla mostraba a un mensajero con casco negro, sin logos de ninguna empresa. Tenía un paquete de Amazon en las manos.

"¿Marcos Santamaría?"

"Sí."

"Entrega urgente. Necesito que firme."

Marcos pulsó el botón de apertura. Los segundos que tardó el mensajero en subir seis pisos se sintieron como horas. Cuando llamó a la puerta, Marcos ya estaba allí, esperando.

El mensajero era joven, quizás veinticinco años, con barba descuidada y ojos cansados. Le tendió una tablet.

"Firme aquí."

Marcos firmó. Su firma parecía la de otro, temblorosa, irreconocible.

El mensajero le dio el paquete. Era más pesado de lo esperado, del tamaño de una caja de zapatos pero con el peso de algo más denso, más importante.

"Que tenga buena noche," dijo el repartidor; aunque sabía que "buena" no era la palabra correcta.

03:02

Marcos cerró la puerta y se quedó allí parado, sosteniendo el paquete. Era una bolsa de Amazon estándar, de esas marrones con la sonrisa-flecha azul, excepto que donde normalmente habría una etiqueta con dirección y códigos de barras, solo había su nombre escrito a mano con rotulador negro: MARCOS SANTAMARÍA.

La llevó al salón, la dejó en la mesa de cristal italiano (ya limpia, sin rastro de las cervezas ni la comida del domingo), y se sentó frente a ella.

La abrió.

Dentro había tres cosas:

Primero, un sobre blanco, pequeño, como los de las invitaciones de boda. En el frente, escrito con la misma letra: "Leer primero".

Segundo, un libro. Negro. Completamente negro. Un título en la cubierta, Marcos Santamaría, sin editorial. Solo negro mate, como un agujero en forma de libro. Era más grueso de lo esperado, quizás doscientas páginas.

Tercero, en el fondo de la bolsa, un papel que parecía un recibo.

Marcos cogió el sobre blanco. Dentro había una hoja, papel grueso, caro, con texto impreso en una fuente que parecía máquina de escribir:

"Instrucciones de Uso:

Este libro ha sido generado específicamente para usted basándose en variables psicológicas, conductuales y contextuales.

Un modelo de razonamiento, empleando técnicas de diseño de futuros y proyecciones estadísticas, ha identificado este futuro plausible de su vida.

Es único. No existe otra copia.

Cuando termine de leerlo, se recomienda destruirlo en 72 horas. No por seguridad, sino por salud mental. La relectura obsesiva puede generar bucles de pensamiento contraproducentes.

Se recomienda encarecidamente que no intente fotografiar, escanear o copiar el texto o partes del mismo. No por restricciones técnicas, sino porque nunca sabe dónde pueden acabar esas copias. Su futuro es suyo. Solo suyo.

Léalo en una sola sesión si es posible. El impacto narrativo está diseñado para ser experimentado como un continuo. Las pausas diluyen el efecto.

Lo que leerá no son predicciones. Son proyecciones probabilísticas basadas en patrones. Su futuro sigue siendo suyo para crear o destruir. El libro es un mapa, no el territorio.

El libro está escrito por usted mismo desde el futuro, dirigiéndose a usted en el presente. Todo aquello que su yo futuro querría decirle ahora. La voz es suya. Los pensamientos son tuyos. La sabiduría, si la hay, es suya.

No busque el Protocolo Caronte. No lo encontrará.

No hay oficinas, no hay personal de atención al cliente, no hay servicio posventa. No necesita volver a nosotros. Lo que necesita está en el libro.

Recuerde: el miedo al cambio es siempre mayor que el cambio mismo."

Marcos dejó el papel y cogió el recibo del fondo de la bolsa. Era una transacción de Bitcoin. Mostraba su pago de 0.0347 BTC.

Miró el libro negro. Ahí estaba, esperando. Doscientas páginas de... ¿qué? ¿Su futuro? ¿Sus futuros posibles? ¿Las palabras que su yo futuro necesitaba decirle?

Lo cogió. Era pesado, más pesado de lo que debería ser un libro de ese tamaño. La cubierta era suave al tacto, como piel.

Lo abrió.

Miró el reloj: 3:27 AM.

Capítulo 3. La Lectura.